



Primero, naturalmente, la propia estatua de la ciudad: la de la India o la Noble Habana. Está de vuelta en el lugar que hay ocupa, el mismo "Campo de Marte" en donde fué erigida—año de 1837—por iniciativa del Conde de Villanueva. Sucedió que en acuerdo municipal de 1863 la había trasladado al Parque Central. Doce años después, logró retornar a sus lares primitivos. Y en 1928, cuando el bélico o al menos cuartelero Campo de Marte, fué transformado en Plaza de la Fraternidad, la representación alegórica de la ciudad permaneció, sin más desahucios vejaminosos, en su viejo sitio. La esculpió Giuseppe Gagini.

Estadua de Martí. Sustituyó a la de Isabel II. Y está en el Parque Central, con su chato valor artístico y su paso de gran caminante. Tiene un mérito: el de haber sido erigida por Cuba Libre hizo alzar por suscripción popular. Artista tal estatua de Martí se ha ido grabando a fuego en las mentes de las nuevas juventudes patrias, y aun hará sensible su recuerdo a la Patria, agradecida, eleve al héroe-mártir de sus libertades. Fue inaugurada el 25 de Mayo de 1928 por el Sr. Máximo Gómez. Obra del escultor José V.

ESTATUAS DE LA CIUDAD

POR GERARDO ALVAREZ GALLEGO

LA cámara fotográfica ha recogido, casi al azar, una docena de estatuas de la ciudad. Naturalmente que en La Habana hay muchas más, y muy representativas. Ya lo decía el viejo Sócrates: "la ciudad refleja en sus monumentos su conciencia histórica."

En este rápido desfile repeteril muchas estatuas: la de reyes tan distintos como Carlos III y Fernando VII, la de Colón, tan resplandeciente en el alto mármol del bellísimo patio de la antigua Casa del Gobierno; las de Albear, los Estudiantes del 71, Finlay, Pozos Dulces, Juan Clemente Zenea, Cervantes, Manuel de la Cruz, Saco, José Miguel, Gonzalo de Quesada, Félix Varela, Teodoro Roosevelt, Wood, Wilson, Alejandro Rodríguez, Mariana Grajales, Pasteur, América Arias, y tantas más en el "totum-revolutum" que no nos viene a la memoria. Quizás otro día salgan esas estatuas en otros reportajes. Pero nos corría prisa reproducir el friso de algunas de las más notablemente existentes—tiempo habrá de sacar a luz pública las más raras—antes de que invada la ciudad el

nuevo tipo de estatua abstracta, que tanto nos gusta. Mala era la vieja estatua, ridícula y académica, de bronce en el brazo estirado, como interrogante. Mas las estatuas bloques, las estatuas a merced de los Metzner... sin Metzner, o el tipo de estatua arqueológica de Grecia, sin el germen de la escultura? ¡Bien está lo nuevo, bien! Pero no incorporarnos—cuando, además, ya está el tipo de Duchamp-Villén.

En fin, sin pedanterías, ahí están las estatuas de la Habana. Algunas estatuas. Desde las edades céntricas ha aspirado a perpetuar la forma física de los héroes célebres. Gracias a ello, no se han hundido en el olvido los héroes representativos. Y aunque nos callemos los ojos, por ejemplo, Gregorio Magno, no hay que olvidar lo que rimó Juan Cocteau: "...las estatuas de los héroes, eternos de las plazas, bajo la lluvia, la lluvia y el insomnio".